

PROGRESO Y VIRGILIANISMO EN LA OBRA DE MARCOS SASTRE

1. — UN ALMA DE EDUCADOR VISIONARIO

Coincidieron en el año de mil novecientos cincuenta y ocho, dos significativas conmemoraciones referentes a Marcos Sastre: el sesquicentenario del nacimiento y el centenario de la publicación de *El Tempe argentino*, la obra que inscribió singularmente su nombre —ya prestigiado en el campo pedagógico— en la literatura rioplatense del siglo XIX.

Marcos Sastre vio la luz en Montevideo en 1808. Circunstancias domésticas instalaron a sus padres —Antonio Sastre “El Patriota” y Gerónima Rodríguez “La Patriota”, reconocidos por tales apelativos debido al fervor americano que los caracterizaba— en Santa Fe. Marcos, al llegar a la adolescencia, es enviado al Colegio de Monserrat, en Córdoba, donde al cabo de algunos años obtiene una beca para perfeccionar estudios de pintura, ejercicio en el cual se destacó como diestro observador de la naturaleza. Un año pasó en Buenos Aires usufructuando la beca y en 1828 regresó a Córdoba e inició estudios científicos y filosóficos superiores que le señalarán derroteros para un ulterior autodidactismo.

En Córdoba, primero; en Buenos Aires, después, su espíritu se impregnó de orientaciones y bases cristiano-iluministas (¡valga la aparente contradicción!), cuya presencia se transparenta en los trabajos de madurez, aflorando por sobre lecturas más frescas de pensadores científicos o ideólogos anunciadores del romanticismo; o por sobre la atracción que el

contacto directo con la naturaleza siempre obró en su espíritu, ya en horas juveniles de la temprana afición pictórica, ya en plácidos días adultos frente al espectáculo, dulce y deslumbrante a la vez, del paraje que tan acertadamente denominará el Tempe argentino, en equivalencia con aquel valle de Tesalia, en la Grecia antigua, situado entre los montes Olimpo y Ossa, y atravesado por el río Peneos. Dos de esas orientaciones —progreso y virgilianismo— aparecen en primer plano dentro de su obra y se conjugan con el amor por la naturaleza. Acerca de ellas he de rastrear aquí fuentes e implicaciones para allegar antecedentes de su razón de ser en algunos aspectos de la personalidad de quien fuera capaz de dejar sólidas enseñanzas en elementos tan dispares como son un tratado de *Ortografía completa* (1854) y un manual de *Instrucciones para la construcción de edificios para escuelas* (1864); una tesis sobre *La felicidad* (1827) y un *Método ecléctico de caligrafía inglesa* (1870); una serie de *Lecciones sobre objetos comunes y educación para guía de las maestras y de las madres de familia* (1886) y un *Anuario de agricultura, economía doméstica, higiene, artes, oficios* (1861); un *Manual del pastor y criador de ovejas* (inédito) y los *Consejos de oro sobre la educación escolar y doméstica*.

De la simple lectura de esta heterogénea nómina una idea se adelanta indiscutible: Marcos Sastre tiene alma de educador y va sembrando, desde la juventud, amor por las letras, por los conocimientos, por ansias renovadoras, por ideas nuevas, entre discípulos y amigos. De este fervor, por ejemplo, nacen en 1835 el *Gabinete de Lectura* acoplado a su Librería de la Calle Reconquista N° 54; y en 1837 el recordado *Salón Literario*, cuya vida, si breve, no por ello resultará menos proficua en una siembra ideológica que caracterizará a toda una generación argentina.

Los altibajos de fortuna —política y económica— de Marcos Sastre durante la tiranía rosista, el discutido federalismo (contrabalanceable con cárceles y persecuciones), no menguaron su prestigio intelectual y, al aparecer en 1858 *El tempe*

argentino, los lectores porteños supieron apreciar el hondo significado, al punto tal que pocos años más tarde el presidente Mitre dispuso su adopción como texto escolar.

A través del periodismo (fue redactor de *El Sud-Americano*, en Santa Fe; de *El Federal Entrerriano*); de la docencia (fue maestro elemental, inspector de escuelas, regente y profesor de la Escuela Normal de Bs. As., miembro del Consejo Nacional de Educación, etc.); o de la inquietud por la educación popular (como publicista, como fundador del *Salón Literario* y de varios *Gabinetes de Lectura*, como director de la Biblioteca Pública de la Pcia. de Bs. As., etc.), la personalidad de Marcos Sastre revela los rasgos predominantes de la sencillez y de la generosidad que le hacen acreedor al respeto de los argentinos. Pero, además, hoy puede reconocérsele legítimamente el alcance visionario de ciertas posibilidades nuestras que aún aguardan el esfuerzo constructivo que las saque de la latencia en que las intuyó Sastre. Progreso y virgilianismo, presentes en sus dos fundamentales trabajos, son dos de las evidencias de aquel don. ¿Cómo llegan a incorporarse en la cultura de Sastre estas líneas orientadoras?

2. — LA IDEA DE PROGRESO

Debo aclarar de antemano que si bien Marcos Sastre es hombre del siglo XIX —su vida transcurre entre 1808 y 1886— las lecturas decisivas y la educación modeladoras de su personalidad son típicamente dieciochescas. En tal sentido y en uno de los aspectos de su idiosincrasia, Marcos Sastre prolonga el espíritu de la filantropía del siglo XVIII, aquel movimiento tendiente a mejorar la sociedad por la aproximación fraternal entre los hombres; aquel movimiento que multiplicó las asociaciones de Amigos del País, las tertulias, las logias; aquel movimiento que en los días de Mayo reunió entre nosotros sociedades conspiradoras, que en los días rivadavianos derivó en sociedades literarias. Tal es el antecedente que deberá tenerse en cuenta para comprender, por ejemplo,

la gestación del *Salón Literario* inaugurado por Sastre en 1837, del cual procedió la trascendental *Asociación de Mayo*.

Kant, hombre del siglo XVIII y, con Voltaire, uno de los más lúcidos al indagar su esencia, en el ensayo *¿Qué es la Ilustración?* la sintetizó en la expresión: *Sapere aude*, ¡atrévete a saber!. Quizá a Marcos Sastre, hombre del siglo XIX, empapado de Ilustración e Iluminismo, aunque también inquieto de novedades prerrománticas, pudiera asignársele como divisa la expresión kantiana.

La exhortación contenida en el *Sapere aude* dinamiza, en primera instancia, un tipo de progreso espiritual. “Apenas si algo alguno —dice Cassirer en su conocida *Filosofía de la Ilustración*— está impregnado tan hondamente y ha sido movido con tanto entusiasmo por la idea de progreso espiritual como el siglo de las luces”. (Cap. I. pág. 19. trad. E. Imaz. México, F. C. E., 1950). El adjetivo *espiritual* no podía estar mejor aplicado, pues la sistemática filosófica prefiere para la dinámica de la evolución material en crecimiento perfectivo la idea de proceso antes que la de progreso. En el caso de Marcos Sastre, en cuya ideología consigno la presencia de la idea de progreso, está en primer término referida al orden espiritual. Y quizá sea precisamente de la segunda mitad del siglo XIX, en relación con planteos lamarkeanos, spencerianos y darwinianos, de donde arranque la confusión entre los órdenes espiritual y material. Sin embargo, en la idea de progreso —cuando la transfiere el racionalismo— se implican otras, secundarias, que llevan a ciertos equívocos. Así, las de felicidad, continuidad, evolución, que en el caso de Sastre, como se verá, alguna vez interferirán con el virgilianismo.

Es muy posible que tanto el pasaje de lo espiritual a lo material como las otras implicaciones estén en relación directa con el concebir el progreso como un crecimiento perfectivo, en incesante marcha futura, sin regresiones. Según Emil Faguet, habría sido Perrault en el ensayo *Le parallèle des anciens et des modernes* (1698) el primero en proyectar al infinito el sentido dinámico del progreso. Dicho testimonio —uuu

entre los muchos posibles— ubica en el siglo XVII para hacer notar que ya en él se debatía este concepto. Y, tal vez, aún en la transformación humanista y científica del siglo anterior —el pleno Renacimiento— haya que rastrear antecedentes de los cuales surgirá la evidencia de que la elaboración filosófica recibida por la idea de Progreso en el siglo XVIII no es sino desarrollo y reencauzamiento de aquellos precedentes.

En Marcos Sastre subyacen los conceptos sobre el progreso formulados por Fontenelle en el siglo XVII, según los cuales se inaugura la fe progresista en las ciencias, en el mutuo apoyo y colaboración que éstas se proporcionen; y en la perfecta marcha de la humanidad, cuya existencia —a diferencia de la del hombre— carece de vejez.

Otro de los fundamentos de la concepción progresista de Sastre se incuba en Leibniz, quien en algunos aspectos refiere el progreso a la historia en un fondo optimista del cual, aun de tremendos males, dolores o regresiones es posible extraer enseñanzas para un futuro mejoramiento.

La concepción del progreso gravitante en la formación intelectual de Marcos Sastre encuentra desarrollo explícito en el conocido discurso con que en 1837 inauguró las reuniones del *Salón Literario*. El título es ya sugestivo: *Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina*.

Luego, cuando enumera los propósitos del *Salón* que inaugura establece, en primer lugar, que uno de los objetivos será reunir las obras más importantes y “particularmente las producciones modernas que siguen la marcha del espíritu humano... de modo que nos sea fácil conocer los progresos de las ciencias y de las artes... En una palabra, todo libro que dé impulso notable al progreso social...”. En segundo lugar, a más de proporcionar libros, el *Salón Literario* organizará lecturas científicas que tengan por objeto “ya exponer las altas concepciones de los sabios..., ya expresar en nuestro idioma los acentos poéticos y religiosos de almas como Lamartine o Chateaubriand; ya dar cuenta de los progresos de las artes

industriales, discurriendo sobre su intromisión y aplicación en nuestro país...’.

Todo el discurso inaugural de Marcos Sastre está imbuído de la dinámica del progreso y, dejando de lado el histórico error que cometió al conceptuar de progresista al gobierno de Rosas, es de subrayar, en cambio, su acierto al intuir en la juventud de la época —la del Río de la Plata, en particular, y la del mundo, en general— una conciencia del progreso. “Tengo por indudable —manifiesta— que estamos en la época más propia, y que presenta más facilidades para dar un empuje fuerte a todo género de progresos”.

¿Por qué Marcos Sastre hace tal afirmación? Es preciso repasar los argumentos, porque algunos de ellos, valederos en lo general, llevan en lo particular un elemento contradictorio. ¿Por qué para Sastre es el momento propicio para pensar en el engrandecimiento y progreso del país? :

“Porque —dice— los espíritus están preparados a la adopción del gran principio del *progreso pacífico*, que debe ser efectuado por el tiempo y dirigido por las luces.

“Porque encuentro en nuestra sociedad grandes elementos, gran riqueza de inteligencia, para dar un impulso veloz al *progreso pacífico*.

“Porque veo ya dispuesta a la nueva generación a conocer todos los errores que han entorpecido el desarrollo intelectual, y por consecuencia la marcha pacífica del *progreso*; errores que pueden reducirse a esta simple expresión: error de plagio político; error de plagio científico; error de plagio literario.

“Porque veo que está dispuesta a abjurar del triple plagio y a declarar solemnemente *su divorcio de toda política y legislación exóticas; su divorcio con el sistema de educación pública, transplantado de la España; su divorcio de la literatura española y aun de todo modelo literario extraño*.

“Y por fin, que el país se dispone a adoptar *una política y legislación propias de su ser; un sistema de instrucción pública acomodado a su ser; y una literatura propia y peculiar de su ser*”.

Aquí conviene señalar, a su vez, el error de Marcos Sastre y el elemento contradictorio ínsito en el planteo del progreso argentino en 1837. Sastre es, en ese momento, decididamente federal. El *Discurso* inaugural lo muestra ferviente admirador de Rosas pues cree a éste como el llamado para realizar las esperanzas nacionales. Esas esperanzas para los hombres del *Salón Literario* —lo adelanta Marcos Sastre y lo refirmará, luego, Juan María Gutiérrez— se fundan en la urgente diversificación de lo español que ha de operarse en la cultura rioplatense y americana. La Argentina, libre políticamente, seguirá siendo colonia mental hasta que ello no ocurra. Y he aquí la contradicción en Marcos Sastre: sus esperanzas (1837) puestas en Rosas, cuya conducta significará, en lo criollo, la vuelta a España. Tanto que algún historiador proclive a las metáforas ha presentado al tirano como un viejo señor feudal visigodo.

Dije que todavía en Marcos Sastre la idea de progreso es eminentemente espiritual. No sólo lo confirma, al margen, el lema adoptado por el *Salón Literario*, al frente de cuya biblioteca se leían las palabras de la *Epístola a los romanos*, de San Pablo: *Abjiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis*. También el propio Sastre hace hincapié en ello al parafrasear el versículo del apóstol: “Empuñemos únicamente las armas de la luz, las armas de la razón, del convencimiento, de la instrucción, de las virtudes, del desarrollo intelectual, que no hay quien las resista”. Y más adelante: “Las costumbres, la ilustración, son progresos del espíritu, y para los progresos del espíritu se necesita orden, paz y tiempo”.

Como se advertirá, se da en Marcos Sastre curiosa ambigüedad intelectual. El lenguaje técnico empleado en el *Discurso* es decididamente dieciochesco: *razón, ilustración, progreso, luces, ciencias*, etc. En otro aspecto, el *Salón* en sí mismo es entidad de origen dieciochesco, es decir, democratización de la Corte en tertulia bajo el signo filantrópico de igualdad y fraternidad; el repudio de la fuerza despótica —“lo que el

sable levanta, el sable lo destruye"—; todo ello responde al espíritu de la Enciclopedia, de la Ilustración, del Racionalismo. Sin embargo —de allí la ambigüedad— Sastre es un creyente. Invoca a Dios con frecuencia —quizá otro resabio de Leibniz— en contradicción con el racionalismo; invoca a la Providencia, en contradicción con el fatalismo de la dinámica del progreso material. Y, todavía, en aspecto más ceñido a lo literario, las alusiones a un prerromántico, exaltador cristiano y deísta de la naturaleza, como Chateaubriand, o a un romántico —autor de poesías y meditaciones deístas— como Lamartine, también le acusan de hibridez estético-religiosa frente al carácter racional del seudoclasicismo correspondiente a los módulos dieciochescos. Vale decir que, siguiendo la trayectoria de la idea de progreso en Marcos Sastre, se parte de fuentes racionalistas y se desemboca en visperas espiritualistas del romanticismo.

3. EL VIRGILIANISMO

Otro tanto se observará a través de la orientación del virgilianismo, aunque en este caso aparecerán dos aspectos netamente diferenciados: el estético, con derivación al sentimentalismo romántico, y el técnico, apoyado en el cientificismo.

En principio, la orientación del virgilianismo en Marcos Sastre obedece también a nítidos antecedentes dieciochescos. ¿Qué significa y cuál es el origen del virgilianismo?

Para fundamentarlo como constante histórica quizá convenga retroceder a los días de Octavio César Augusto, en el siglo I^o, cuando este emperador, preocupado por la transformación de las costumbres del pueblo romano que cambiara decididamente el arado por la espada y la austeridad de jornadas laboriosas por el parasitismo, comenzó —llevado por propios gustos e inclinaciones— una política de fomento agrario que, entre otras, encontró la decidida colaboración del poeta Virgilio quien al componer *Las Geórgicas* aspiraba a con-

tribuir en el propósito de devolver a Roma aquella tradición agrícola y aquella firmeza moral que la habían engrandecido.

Las Geórgicas virgilianas, tanto como un tratado agrícola, implican el elogio de la vida sencilla y la observación de la naturaleza. Las inspiran, pues, ideales morales, patrióticos, religiosos y estéticos. En el Renacimiento, al recuperarse el mundo clásico, también los elogios a la vida y labores campesinas retoman el molde virgiliano. Pero, sobrenadan en él las Arcadias artificiales, aptas para hastíos cortesanos, con Galateas y Filis, con prados nemorosos y murmurios de arroyuelos encantadores; aun el huerto que "plantado por su mano" enorgullece a Fray Luis es más motivo de evasión espiritual que reclamo perentorio de la tierra o de necesidades vitales.

También el siglo XVIII, racionalista, empirista, liberal, se nutrirá en lo estético de reminiscencias clásicas, falsamente clásicas como tantas veces se ha repetido. Los autores griegos y latinos también serán familiares a cualquier persona de medianas lecturas. Pero muchos signos advertirán que el clasicismo se halla desvirtuado en su autenticidad y en el caso particular del virgilianismo ello se comprueba al verificar que la desviación ya no procede, como en el Renacimiento, del hastío cortesano, sino de nuevos factores filosóficos y científicos que se le han ido incorporando.

En Europa, este virgilianismo dieciocheseo tiene, por una parte, la incidencia filosófica de una transformación de la idea de Naturaleza; por otra, la sentimental de tipo rousseauiano. Y también obran en su nueva conformación los avances científicos unidos a planteos políticos de reformas agrarias.

En América Latina, a su vez, a poco de producirse los primeros movimientos emancipadores a comienzos del siglo XIX, algunas mentes sagaces y premonitoras advierten las fuerzas y el poderío virtual que en el agreste y virginal suelo americano subyacen. Viajeros y naturalistas que recorrieran el continente lo habían consignado unánimemente. Y en la explotación racional de esas riquezas naturales las nuevas naciones podrían hallar los recursos de su estabilización social

y económica y un modo de oponerse a Europa, de contrarrestar sus influjos.

La expresión literaria de las admoniciones tendientes a fomentar las tareas agrícolas, a exaltar la riqueza y feracidad de la tierra americana, constituye el llamado *virgilianismo americano* y es reiterada en las tres Américas con muestras aun anteriores a la emancipación. Así, la *Oda al Paraná* de Lavardén, en 1801. Posteriormente la oda *Las delicias del Labrador*, de Vicente López y Planes (1810); la *Loa al pueblo de Buenos Aires*, de Esteban de Luca (1822); la silva *A la agricultura de la zona tórrida*, de Andrés Bello (1827); la *Oda a la zona tórrida*, del venezolano Fermín Toro; los *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, de Francisco Iturrondo; el *Facundo*, de Sarmiento; el poema didáctico *Sobre el cultivo del maíz en Antioquía*, del colombiano Gregorio Gutiérrez y González, etc.

En esta línea virgilianista está ubicado *El Tempe argentino* publicado por Marcos Sastre en 1858. Pero si entre *Las Geórgicas* y el virgilianismo americano hay aparentes y externas concomitancias como para avalar el calificativo —concomitancias que llegarían hasta el hecho de que aun en Virgilio la exaltación de lo agrícola tenga un aspecto sentimental y otro técnico como se dará en Marcos Sastre— no es posible desconocer las profundas diferencias que conciernen a los elementos que informan el virgilianismo americano, en el cual incide gravitante la idea moderna de Naturaleza, cuyos planteos filosóficos y científicos difieren fundamentalmente de los morales y religiosos del autor de la *Eneida*, y aun de los psicológicos del Renacimiento.

El concepto religioso que acompaña al poema de Virgilio reclama por igual al hombre y a los dioses parte activa para lograr el usufructo de la tierra, la cual aparece como un hecho casi mecánico. No se da en Virgilio la concepción genérica y total de la Naturaleza, imagen que en variantes concretas o abstractas, particulares o universales, aparece en el virgilianismo americano por influencia de la Ilustración y el

Enciclopedismo. Y quizá también por estas influencias escasean en él las visiones *Dios-naturaleza* del tipo que el ascendiente místico lleva a Fray Luis de Granada a concretar en la *Introducción al símbolo de la fe*.

La reflexión sobre la idea de la Naturaleza —como la de Progreso— penetra toda la Edad Moderna y prefigura la imagen actual del mundo. A partir del siglo XVI se enriquece paulatinamente y es posible distinguir en ella múltiples matices. Por de pronto, uno de alcance general, según el cual, “Naturaleza significa no ya un círculo de objetos, sino un determinado horizonte del saber, del abarcar la realidad. Le corresponde todo lo que cae dentro del campo de la visión de la *lumen naturale* y no requiere para su legitimación y entendimiento ninguna otra ayuda que las fuerzas naturales del conocimiento. En este sentido el reino de la naturaleza se opone al reino de la gracia”. (Cassirer. *op. cit.* Cap. IIº pág. 56. *id.*).

De esta concepción amplia procede otra que entiende como natural, o naturaleza, todo aquello no manipulado o interferido por el hombre, todo aquello no sometido al dominio de la inteligencia humana.

El siglo XVIII confiere a pensadores y científicos la firme convicción de que con sus días “ha llegado por fin en la historia de la humanidad el momento en que se podrá arrebatar a la naturaleza su secreto” (Cassirer. *op. cit.* pág. 63. *id.*). Es cierto que en ese momento nacen ciencias nuevas —la geología, por ejemplo—; otras cobran impulso definitivo, como las matemáticas, la física, la astronomía, la química, la botánica, la zoología, la biología, etc. Todo lo cual lleva insensiblemente a tal convicción.

Bastará recorrer someramente las páginas de *El Tiempo argentino* de Marcos Sastre, aun cuando el texto procede de 1858, y se percibirá cómo todavía vibra allí este deslumbramiento científico que lleva al mejor conocimiento de la naturaleza. Sastre cita a sabios como Ampère; a geólogos, como Bravard; a biólogos, como Huffeland; a naturalistas como

Azara, Bompland, Buffon y Cuvier; a zoólogos como Lacepede, Lesson, etc.; a botánicos como Lendon y Ortega.

Esta documentación de un fervor científico por el conocimiento de la naturaleza reconoce en Marcos Sastre, además de su estudios superiores de Ciencias en la universidad cordobesa, el antecedente de sus lecturas de Fontenelle y los *Entretiens sur la pluralité des mondes* —anticipo de la actual literatura de hipótesis interplanetarias—; quizá la observación acumulativa del contorno —como la registra *El Temporal argentino*— proceda de aquél, así como el insistir en la referencia a procesos cíclicos (mareas, migraciones, reproducciones, etc.); todo lo cual recuerda un tanto las imágenes del aparato de relojería con que Fontenelle compara la Naturaleza. He aquí algunos fragmentos ilustrativos, tomados de la obra de Sastre:

“Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia de Egipto, al lado del Paraná quedaría oscurecido. Éste, como aquél, cada año se espacia por extensas llanuras, aunque la fecundidad que producen sus crecientes es un lujo de la naturaleza, perdido para el hombre en medio de vastas comarcas que atraviesa y de las dilatadas y numerosas islas que riega y fecundiza...

“El Paraná, como el Nilo, se divide en muchos brazos al vaciar sus aguas, y ambos tienen su embocadura en iguales latitudes aunque en opuestas direcciones. Su inundación, como la del Nilo, se efectúa en la estación de las lluvias tropicales: no con la violencia de las avenidas de otros ríos, sino por una lenta gradación; de modo que, aunque se eleve muchos pies sobre algunas tierras, los árboles asoman ilesos sus copas por encima de las aguas, cediendo blandamente su follaje a los halagos de la mansa corriente, y todas las islas sumergidas reaparecen en la bajante con mayor belleza y lozanía”.

(Cap. III: *El Río Paraná*)

La idea de Naturaleza que, desde el siglo XVI se alejara de la teología inclinándose hacia la filosofía, en el siglo XVIII pasa del recinto filosófico al de la ciencia, particular-

mente al de las ciencias fisicomatemáticas. La presencia de rumbos como los de Bacon o Linneo la derivan hacia la referencia a formas vivientes y de éstas hacia las posibilidades de interpretación de la naturaleza del hombre. El recuerdo de Rousseau se hace inevitable. Se está, por lo demás, a un paso de su canalización estética y —aunque parezca contradictorio— sentimental. En esta transición se asocian curiosamente los nombres de *El Crítico*n gracianesco y el *Emilio* rousseauiano, y aunque sería interesante indagar qué puentes aproximan estas obras, ello me alejaría de mi objetivo. Lo positivo es que al afirmar Rousseau en el *Emilio*: “Todo es bueno al salir de la mano del Creador y todo degenera en manos del hombre”, en realidad viene a contradecir el planteo racionalista, la supervaloración intelectual de lo humano iniciada en el Renacimiento. Y anuncia la descomposición de los módulos empiristas y racionalistas.

Rousseau —también Gracián— encarrila la temática hacia la novela filosófica. No tiene nada de particular, pues, que luego un ingeniero de ejército la instale en la novela sentimental. Me refiero a Bernardino de Saint-Pierre y su *Pablo y Virginia*, libro de cabecera de los contemporáneos de Sastre y cuyas observaciones aparecen transcritas más de una vez en *El Tempe argentino*.

No hay que olvidar que en el pórtico de *Pablo y Virginia*, Saint-Pierre anuncia que antes que una novela, se propone pintar en la obra suelo, flora y costumbres, distintos de los de Europa, porque a la “nueva parte del mundo” en que colocará los hechos del relato le faltan Teócritos y Virgilio para que se posean de ella descripciones interesantes y amenas.

Esta declaración de Saint-Pierre y el propio y directo conocimiento de las bellezas naturales del delta del Paraná movieron a Marcos Sastre a emprender la útil empresa del *El Tempe Argentino*. No otra cosa que el recuerdo inmediato de *Pablo y Virginia* es lo que le inspira algunos pasajes característicos, pero en un tiempo en que la idea de Naturaleza —como anteriormente la de Progreso— encabalgaba deci-

didamente racionalismo y sentimentalismo, postrimerías seudoclásicas y presentes románticos. Y si en el caso de la idea de Progreso señalé en Marcos Sastre hibridez estético-religiosa frente al racionalismo, también en el virgilianismo la idea de Naturaleza que transmite acusa hibridez científico-sentimental. Así, la imagen edénica y nostálgica de la naturaleza virgen, con reminiscencia de perdida edad de oro:

- A) “En mi infancia, arrancando por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un día absorto y alborozado en aquel sitio encantador. Más tarde en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros recuerdos de la niñez y creí haber hallado el edén de mis ensueños de oro...”

(ETA. Cap. Iº: *Introducción*)

- B) “En medio de estas cabañas solitarias, es donde reinan la seguridad, la calma y la armonía; bienes debidos no al freno de las leyes, sino a la influencia de la religión, de la libertad y de la naturaleza. Esta madre liberal e inagotable prodiga en estos ríos y en estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para la satisfacción y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le induce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor a la paz y a la confraternidad...”

(ETA. Cap. IIº: *Un paseo por las islas*)

Del mismo modo acusa dicha hibridez el conflicto latente entre el filantropismo dieciochesco y el misantropismo romántico, perceptible en conceptos tan encontrados como éstos:

- C) “Todo inspira el amor a la paz y a la confraternidad...”

(Cap. IIº *Id.*)

- D) “¡Misteriosos bosques! Apartados asilos, habitados tranquilamente por la tórtola; donde sólo se oyen sus arrullos amorosos y el susurro de las alas del mainumbí o el murmurio de los sinuosos arroyuelos!... ¡Apacibles soledades! ¡Dichoso el que pueda levantar el velo de vuestros secretos encantos; pero todavía más di-

choso aquél que los pueda gozar en paz al abrigo de su choza!”.

(ETA. Cap. IV: *El delta*)

Asimismo el elogio de la vida rústica y soledosa, apartada de las vanidades mundanas, que surge de estos pasajes:

- E) “Esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer...”

“¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces y de un sinnúmero de costosas bagatelas!...”

“¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleite contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue!”

(ETA. Cap. VI: *El rancho*)

Agréguese la constante tendencia al asombro y a la admiración:

- F) “¡Qué enajenantes descubrimientos! Arroyuelos serpenteando entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros, durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados, hermosos panales colmados de miel!... ¡Oh, qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apacible capibara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, a cual más sinuosa y bella; encontrarse sorprendido bajo una rústica glorietta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre; y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aún, tenderse a reposar y a enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!”

(ETA. Cap. XI. *La calandria...*)

Todo ello: edén, nostalgia, tendencia al apartamiento, elogio de la simpleza rústica, delinear el aspecto del virgilianis-

mo proclive al sentimentalismo romántico, a lo estético, resuelto literariamente con buena pluma.

Frente a él, la otra vertiente virgilianista: la de los trabajos y de la explotación de la naturaleza; aquélla en la cual Virgilio ponía acentos morales y patrióticos y Sastre resuelve más recostado en lo racional y en lo científico.

Así, por ejemplo, al ocuparse del cultivo y explotación del delta busca antecedentes científicos de la geonía:

- G) “Al hablar del cultivo de la tierra, con relación al delta, no me propongo hacer una exposición de las reglas y prácticas que todo el mundo puede encontrar en los libros de agricultura o en la rutina. Todo lo contrario, trataré de hacer abandonar, por innecesarias y dispendiosas, muchas de esas reglas y prácticas usuales, fundándome para ello en los principios de la agronomía y en el estudio de nuestro suelo...”
(ETA. Cap. XXXIV: *De la agricultura del delta*)

Considera las técnicas del drenaje:

- H) “A primera vista parecerá que la geopónica del delta es la que más reclamará el drenaje, a causa de frecuentes inundaciones y de los bañados, ciénagas y lagunas interiores; pero en este punto, como en otros no menos capitales, la naturaleza es la que se ha anticipado a los deseos del hombre, estableciendo allí un sistema de desecación que reúne todas las condiciones del mejor drenaje...
“Lo único que tiene que hacer el hombre, es conservar limpios todos los arroyos de desagüe para que corra libremente el agua; y, cuando más, abrir algunas zanjas angostas en los lugares convenientes...
“Pienso que la escrupulosa limpieza de todos los arroyos producirá el efecto de enjutar mayor extensión de terreno, y disminuirá, además, los criaderos de mosquitos...”

(*Id.*)

Precisa la conveniencia del desmonte:

- I) “Para fundar el plantío de frutales u otros árboles, la única preparación necesaria en las tierras del delta

es desmontar o voltear la arboleda silvestre, y rozar o cortar las malezas. El descuajo y la roturación, no solamente son innecesarios, sino perjudiciales...”

(*Id.*)

Habla de la aclimatación de especies exóticas:

- J) “Para el cultivo del lúpulo y de la vainilla (si se lograra aclimatarla) servirán los ceibos de zarzos a estas plantas trepadoras...”

(*Id.*)

Incita a la alternancia y rotación de cultivos, de abonos y barbechos:

- K) “La fertilidad de un terreno es inagotable cuando es administrado según las sabias leyes de la naturaleza... “Empero, ¿qué hace el hombre? ¿Imita acaso a la naturaleza, que debió siempre ser su guía y maestra? Retira del suelo todas sus producciones, por una larga serie de años, sin dejarle ni aun la paja, sin darle siquiera los desechos de las riquezas que recibe...”

(*Id.*)

En fin, larga resultaría la serie si me propusiera recorrer todos los pormenores de esta faz virgiliana en Marcos Sastre. Lo evidente es que en dicho matiz convergen las líneas paralelas de progreso y virgilianismo que constituyen, a mi parecer, uno de los aspectos fundamentales en la obra y personalidad de Sastre. Y si al cabo de estos antecedentes se vuelve la mirada hacia la que al comenzar llamé heterogénea nómina de obras, se podrá convenir sin dificultad que —como entonces anticipé— la simple lectura de títulos indica que en toda su labor didáctica se hallan ínsitas estas dos vertientes que hicieron a su alma de educador sembrar amor por los conocimientos, ansias de renovación, sentido constructivo y fe en la tierra.

RAÚL HÉCTOR CASTAGNINO

Nicaragua 4726 - Buenos Aires

